

POLITICA, POCA, PERO BUENA.

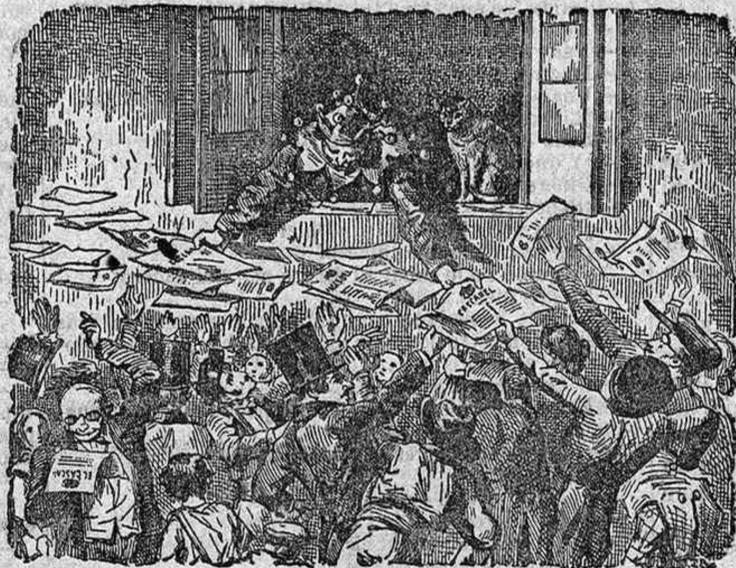
CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Quadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños, 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

REVISTA SEMANAL.

El cólera ha dado punto. Vino, causó miles de males, y se fué, ni más ni menos que un ministerio.

Del cólera ya estamos libres; pero ahora nos queda otra calamidad, la de los *alarmistas*, gente que cifra todo su regocijo en dar malas nuevas y asustar al prójimo.

Esa gente dice que va á haber, que se va á armar, que va á correr sangre, que nos van á matar á todos, en fin, que aquí no va á quedar en pié vicho viviente...

¡Caramba! ¿esto ya es demasiado!... Esa gente alarmista no sabe el daño que hace con esas noticiotas; ó si lo sabe, tiene una intención bien poco cristiana. Si las mujeres cogieran á uno de esos alarmistas por su cuenta, creo que lo hacían pedacitos, así como suena.

Las mujeres son ángeles vestidos, son partidarias decididas del orden y la paz en la cosa pública,—ya que algunas lo son del desorden en la privada:—en primer lugar, porque las madres, las esposas, las hermanas, tienen hijos, esposos, hermanos á quienes les puede tocar un palo, cuando se reparten, y despues porque las pobres en esos tiempos calamitosos de movimiento y trastornos, ni pueden moverse de casa, ni dejarse ver, ni hacer compras, ni ir á tiendas, aun que no sea más que á revolver.

En opinion de las mujeres que conocemos, los alarmistas, los que propalan esas especiotas, los que todo lo pintan de color de sangre y fuego, son maridos calaveras, padres escamados y tios avaros, que quieren escatimar á los hombres que están á su cargo las galas, trajes y adornos que tanto apetece el bello sexo en el invierno,—lo mismo que en el verano.

La pobre que ve en una de las tiendas de la calle de Espoz y Mina un abrigo de esos de terciopelo que cuestan un sentido y que tan bien hacen en un bonito y elegante cuerpo, tiene que callar resignada y ocultar en el fondo del alma las simpatías que la inspira la magnífica prenda, porque su marido está hace tiempo ensimismado y receloso, y no cesa de repetir delante de su mujer, y sus parientes, y sus criados, que todos van á tener que ir á San Bernardino, si es que la revolucion, en su propósito de destruir lo existente, no destruye tambien aquel piadoso asilo....

La mujer que oye de boca de su compañero, de su protector, estos tristes augurios, ¿cómo ha de pedir abrigo de terciopelo, cuando lo que debe temer es tener que usarlo de estera?

Las hijas de un empleado del Gobierno, que en épocas normales podían sacar de la tienda de Pepito las telas más de su gusto, pagando un tanto al mes, no se atreven ahora á sacar cosa alguna, porque el padre las dice frecuentemente:

—Hijas mías, el demonio se lo va á llevar todo; va á armarse la gorda, no va á haber empleos, ni pagas, ni pan que comer, es decir, pan sí, pero dinero nó... Economizad, hijas mías, no veais el presente, sino el porvenir... ¿Quién sabe si tendreis vosotras que coser calzoncillos por contrata para la tropa, y yo escribir en un portal memoriales y cartas para toda clase de personas, y cuentas ajustadas á todos los precios?

¿Y qué han de hacer las pobres chicas?...

Calan, no salen de casa, se vuelven del revés los abrigos, echan remiendos curiosos en el forro, ponen en los vestidos lo de arriba abajo, y desde detrás de los cristales del balcón ven con pena indefinible pasar miliarios y paisanos casaderos, diciendo para sus adentros:—¿Cuándo llegará el día?...

Como si con estos temores y estos anuncios pueda haber quien piense en casarse; preocupado como está cada cual con la conservacion de lo existente, es decir, de su propio individuo, ¿quién es el guapo que carga con otra existencia?...

Todo el mundo se reserva para tiempo mejor; el que tiene dinero se lo lleva para gastárselo allá entre franceses ó ingleses, que no hacen ascos á nadie que lleve dinero; el que tiene emprendidas obras, en las que hallan trabajo y sustento muchos pobres, las suspende hasta que se sepa lo que sucede y veamos por dónde salimos; nadie se casa, nadie se atreve á nacer; lo que hacen algunos es morir para no ver lo que pasa, y ménos lo que ha de pasar.

Si esta situacion se prolongara, daríamos todos, sin revolucion ni jaleitos, un estallido, si no nos comíamos unos á otros para desahogarnos.

Para todo hay remedio en este mundo, ménos para la muerte, que es el gran remedio de todos los males.

Si el Gobierno quisiera, si los hombres políticos quisieran, aun remediarian esta situacion y se captarian las simpatías de los comerciantes, de las mujeres y de los hombres pacíficos que no quieren más que vivir tranquilos, y tener un rincón de casa, y dar educacion á los niños, y ponerles el nacimiento esta Noche Buena, que ya se aproxima.

Para eso el Gobierno no tenia más que publicar un manifiesto diciendo:

—Señores: Pecamos, como todos han pecado: hasta el día, los ministros que suscribimos lo hemos hecho, dicho se asin modestia, bastante mal. El de Hacienda tiene muy buenas intenciones el pobre, quisiera poder hacer más, pero no puede.... *Donde no hay harina, todo es mohina*; donde no day un cuarto no se puede hacer brotar dinero, como San Isidro hizo brotar agua de una peña, sobre que el ministro citado ni es San Isidro, ni sabe por dónde anda.... Confesamos que tenemos muchos empleos inútiles, que

á nuestros amigos les damos unos sueldos excesivos que no merecen y que pueden reducirse facilísimamente; y en prueba de ello desde hoy quedan suprimidos todos los destinos innecesarios, y del despacho de los negocios se encargarán otros empleados que ahora se están todo el día echando cigarritos, abrasándose las entrañas, y quitándose la vida con el tabaco que vendemos en los estancos, y con esta misma fecha se reducen los sueldos de 30,000 reales á 26,000, de 35,000 á 30,000, de 40,000 á 32,000 y de 50,000 á 36,000, debiendo quedar muy agradecidos los que sufran esta rebaja, porque peor sería que los dejáramos sin sueldo, y mucho peor que los enviáramos á Filipinas, como lo haríamos si se nos pusiera en el moño, aunque no lo usamos. Estas y otras economías de gastos secretos y públicos nos permitirá rebajar las contribuciones, quitar para siempre la de consumos, que es capaz de consumir la paciencia y el dinero del género humano, y dar impulso á la instrucción elemental, dotando dignamente á los maestros de escuela, y hasta podríamos construir el Teatro nacional, para que en él se luzcan los actores de mérito, entre los que podrian figurar con honra muchos de los políticos de este país que tan malamente regimos.—Estos días hemos descargado la furia sobre los periódicos, y no sabemos cuántos editores están en la cárcel, mientras sus mujeres é hijos lloran sin consuelo pensando que vamos á hacer con ellos algun desaguisado. Pues vaya, todo se acabó, olvidemos lo pasado, vuelvan los editores á sus casas, publíquense los periódicos sin tropiezo, que seguros estamos de que los periodistas, viendo este proceder nuestro, y viendo despues lo mucho bueno que vamos á hacer, si Dios nos da vida y salud, no podrán ménos de templar su enojo y escribir discreta y prudentemente, obedeciendo las leyes, y discutiendo tranquila y razonadamente las ideas políticas, y haciéndonos una oposicion todo lo fuerte que quieran, pero con razones que no tengan vuelta de hoja. Repetimos, señores, que estamos arrepentidos, que vamos á enmendarnos, que vamos á buscar con siete candiles un ministro de Hacienda que la arregle, y taje, y corte, y suprima á su antojo, para que los gastos sean ménos que los ingresos, y los ingresos sean suficientes, sin que haya que exprimir la bolsa de los contribuyentes, que ya nos hacemos cargo del gusto que les da pagar cada trimestre más de lo que pueden y de lo que quieren. Y si no cumplimos lo que ofrecemos, si no nos portamos bien, si no nos rebajamos los sueldos, si cometemos alguna ilegalidad, queremos y pedimos que se nos juzgue, que se nos encause, que se nos ponga en un brete, que se nos fusile, nó, tanto como eso nó, que se nos condene á perpétuo alejamiento del poder y sus alrededores, que es peor que matarnos, y se nos mire con desden, y se inscri-

ban nuestros nombres en lápidas de ladrillo, que se colocarán en la calle del Perro, para ejemplo de malos ministros.—Pero hasta que vean VV. nuestro comportamiento, que será muy pronto, pedimos un poco de tolerancia, mucho orden, templanza y discreción, y por último, advertimos que, si cumplimos bien y hacemos notorios beneficios al país, al que se nos desmante, al que se levante, á no ser de la cama ó de la silla, al que se subleve, al que nos busque las coquillas, del pescozon que le daremos le hemos de volver más tonto de lo que sea.... Madrid, etc. Siguen las firmas.

Pues como decíamos, los alarmistas están haciendo un flaco servicio á la industria y al comercio, y es preciso que aquellos no tengan pretesto alguno para alarmar á las gentes pacíficas, y esto lo puede conseguir el Gobierno haciendo tales cosas que toda persona sensata, en oyendo decir que va á haber esto y lo otro, se eche á reír en la cara de quien lo diga.

Nunca para el bien fué tarde; es preciso que todos nos arrepintamos y hagamos firme propósito de la enmienda; es preciso que todos arrimemos el hombro á sostener el edificio que se tambalea y amenaza caer, aplastándonos á todos.

No hay que andarse en paños calientes, todos tenemos que sacrificar algo, unos la vanidad, otros la soberbia, otros la ambición, otros el afán de riquezas, otros el odio y el despecho, que hacer el sacrificio de estas pasiones es obra meritoria á los ojos de Dios y el mejor bálsamo tranquilo para la conciencia.

Si no lo hacemos, si seguimos cada uno con nuestra tema mirando de reojo al prójimo, y deseando que se revuelva el río á ver si hay ganancia de pescadores, entonces... apaga y vámonos: la industria se arruinará, el comercio tronará, las artes se morirán de hambre, las mujeres se darán á los diablos, y nos ahorcaremos.

Para que se calmen todos no tienen que hacer más que acordarse del cólera. Los amigos de los pobres han terminado su piadosa misión; ahora debe empezar la de Los hermanos, que todos debemos serlo unos de otros.

Y si quieren VV. hacernos ministros, estamos dispuestos á servirles más barato que todos los habidos.

DE MI CARTERA.

—¡Trás! trás!
—¿Quién está ahí?
—Yo.
—¿Y quién eres tú?
—Un sans-culottes.
—¡Vade retro! No te abro, nó, que vas á destronar á Pluton.
—Yo no destrono á nadie, que harto tronado estoy yo.
—¿No eres un partidario de la autonomía?
—Yo no tengo nada mio: todo lo que tengo es ageno, porque no tengo mas que deudas.
—No te crees: tú vienes á cambiar el sistema de este reino absoluto.
—Yo vengo á cambiar solo mi individuo, mi personalidad; más claro, mi entidad.
—No me fio de tí, te llamas sans culottes.
—Me llamo sans culottes por las razones que ves, es decir, por los calzones que no ves.
—Bien: pues Dios te ampare.
—Precisamente vengo á eso.
—¿A qué?
—A hablar con tu amo, con mi amo, con el amo de todo el mundo, con el divino é infernal Pluton.
—No puede ser.
—No seas animal, y franquéame el paso.
—¿Y qué me darás?
—¡Al fin portero! Vengo á pedirle á Pluton un millón... de cosas; me reservaré una sola y te daré á tí las 999,999 restantes.
—Pasa.
—Buenas noches.
—A tal hora te amanezca.
—¿Dónde está ese hombre?
—¿Qué hombre?
—Ese animal.
—¿Qué animal?
—Ese dios ó lo que sea. Pluton, ¿dónde está?
—En su gabinete.
—Guíame.
—Con mucho entono mandas.
—Para eso pago..
—Bien: sígueme.
—Sígate.
—Aquel dios de oro dorado que ves allí, aquel es Pluton.
—¿Aquel es un becerro?
—Pues ese es el amo.
—Está bien.
—Hasta luego.
—Sí (hasta nunca).

—Beso á V. M. las plantas de los pies, beso á V. M. las suelas de las plantas de los pies, beso á V. M. las huellas de las suelas de las plantas de los pies, beso....
—No me beses más: ¿qué quieres?
—Nada más que un millón... de cosas.
—Muchas pides.
—Una sola es para mí; las demás he de regalarlas.
—¡Liberal eres!
—Sans culottes, para servir á V. R. M.
—¿Y qué cosas son esas?
—Dinero no más.
—¿Sabes tú lo que pides?
—¿Pues no lo he de saber? Dinero.
—¿Sabes tú lo que es dinero?
—¿Y quién no lo sabe? El dinero es... el dinero.
—No has dicho nada.
—Todo lo he dicho, y no puede decirse más: la más brillante demostración oscurería su brillo. Está probado que el dinero es... el dinero.
—Eres un empírico.
—Es verdad, me falta la ciencia; por eso vengo buscándola.
—¿Luego el dinero es la ciencia?
—Sí, señor.
—Pues no será el derecho.
—Será el torcido.
—¿Y podrás tú con esa ciencia?
—Aunque pesara cien arrobas.
—Pues toma lo que pides.
—Eso no es lo que yo pido. Yo pido oro, mucho oro, y V. M. me da una guirnalda de laurel silvestre.
—Cíñela á tu frente, y serás rico.
—Ya está ceñida. Pero ¡no soy rico!
—Has de dormir antes un sueño.
—¿Sí? ¿Pues silencio! que voy á dormir.
—No te despojes de la guirnalda.
—Antes me despojaría de la cabeza.
—¡Ra! hasta mañana.
—Buenas noches.

¡Qué oscuridad!... A bien que mañana saldrá un sol que no ha de ponerse ya nunca en mi horizonte. ¿Sisere ya rico? No veo; pero siento, aunque no peso ninguno en los bolsillos.... Aun no soy rico; antes he de dormir un sueño. Pues á dormir. ¿Y dónde me recino?... ¡Ah! en esta cama. Pero ¿qué es esto? No veo, y veo un magnífico lecho, y las flores del lecho, y las perlas de las flores del lecho, y hasta la cifra del valor de las perlas de las flores del lecho. Esto es empezar ya á ser rico; esto marcha; durmamos y acabaremos de serlo. Acuéstome sin demora: por fortuna, llamándose... como me llamo, no tengo que entretenerme en desnudarme.

¡El dinero es el dinero! Ni el mismo Pluton, con su profunda y brillante sabiduría, ha sabido corregir esta sapientísima tesis. Claro es, como el brillo del dinero, que el dinero no es otra cosa que el dinero. ¿Y podré yo con cien arrobas de dinero? ¡Pché! En siendo de oro dorado, no deben pesar ni cinco adarmes.

¡Pero no me duermo!
Cuando sea rico, que será en cuanto me duerma, es decir, en cuanto me despierte, he de comprar todas las mujeres, y todos los hombres, y todos los... Procedamos con lógica, porque lo primero es antes. Primero compraré unos calzones.... Nó, lógica. Primero compraré una camisa.... Nó, más lógica. Primero compraré pan, mazapan... ¡Oh! ¡Cómo he de regalarme!
—Y no me duermo!
No pensemos en nada, á ver si así me viene ese sueño de oro.
—¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!...
—Y no me duermo!

Pues señor, ¡estamos bien! Me lo maudaré con toda la potestad de los magnetizadores. ¡Duérmete! ¡Yo te le mando! Duérmete, gran bárbaro, que vas á ser rico.
—¡Rico!... ¡Rico!... ¡Rico!...
—Y no me duermo!
Tan blando está este dichoso lecho, que está ya duro. ¡Cuánta vuelta y revuelta! Me pica todo el cuerpo como si tuviera viruelas, serampion, sarna. ¡Ay! ¡Qué infernal comezon! Sin duda pusieron los pétalos de las rosas fuera y las espinas dentro del lecho dichoso. Pero todo se puede sufrir por una ¡cara morena, es decir, rubia, rubicunda, dorada. Y ya debo ir entrando en posesión del oro, porque siento así como diez ó doce arrobas de peso en la misma frente. Esto es ya sopor, y el sopor es la premisa de que es consecuencia legítima, necesaria, inmediata, el sueño. Cierro los ojos....

—Y no me duermo!
Pero ¡animal! ¿por qué no te duermes?
De ahora no pasa. Sino te duermes te pego un puntapié....
Y en esta ciudad no hay relojes, por lo que se ve, es decir, por lo que se siente, esto es, por lo que no se siente. Entré aquí á las doce en punto de caramelo, y serán ya las tres, ó las cuatro, ó las cinco, y no ha sonado la una. Pero lo que es para dormir, no es menester horas; al contrario, el sueño embebe la superfluidad del tiempo, porque el tiempo que se duerme es un tiempo que nos sobra. Pero á fé que no ha de sobrarne á mí ni un minuto en pudiendo nivelar los gastos con los ingresos.
—Y no me duermo!
¡Chasco sería salir de aquí con mi propio nombre! Y en mí consiste ser rico, porque lo seré en cuanto me despierte; solo que para despertarme es preciso que me duerma antes. ¿Adónde diablos se fué mi antiguo sueño? Antiguamente me dormía antes de caer en la cama. ¡Y eso que era de pajal! ¡Qué miseria! Pero de hoy más he de dormir en un lecho de flores y comer en vaguilla de plata, y beber en copas de oro, y pisar en alfombras de seda, y....

—Y no me duermo! ¡Voto á todos los dioses! (¡menos á Pluton!)
—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Se me taladran las sienes! ¡Me oprime como un cerco de hierro la dichosa guirnalda de laureles silvestres! ¡Ay! ¡La arrojo lejos de mí! ¡Nó, mil veces nó! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Aunque me muera, no me des-

pojo de la divina guirnalda. ¡Ay! Algo me pica en la frente.... parece que me muerden los laureles. ¡Ay de mí! Creo que se han convertido en lagartijas grandes como cocodrilos pequeños. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! La arranco.... ¡Y el oro? No la arranco.

—Y siguen picándome, mordiéndome, remordiéndome! ¡Ay! Me chorrea ya la sangre hasta las mismas narices, y la fetidez me levanta el estómago, todo lo que me abate el ánimo. ¡Esta sangre no es sangre! ¡huele á cieno! ¡Ay! Me hablan al oído estas lagartijas grandes como cocodrilos pequeños. ¿Qué diablos decís, reptiles de mi frente?

—¡Yo soy la Soberbia!
—¡Yo soy la Avaricia!
—¡Yo soy la Lujuria!
—¡Yo soy la Ira!
—¡Yo soy la Gula!
—¡Yo soy la Envidia!
—¡Yo soy la Pereza!
—¡Dichosa guirnalda! Ya presumía yo que vichos que tanto muerden y remuerden, habian de ser pecados capitales. ¡Afuera! los arranco, ¡No puedo arrancármelos ahora! ¡Pluton! ¡Pluton del inferno!

—Aquí estoy.
—Por todas las tinieblas de este reino, arráncame estos pecados, que diga, estos laureles ó cocodrilos.
—¿No has dormido?
—¿Quién diablos duerme entre sabandijas? Arráncame esta maldita guirnalda.
—¿No puedes con las cien arrobas?
—En oro, sí; en cocodrilos, nó.
—Lo estaban elaborando.
—A mordiscos, ¿eh?
—A esa costa hay que enriquecernos.
—¿Y cesan de morder luego que uno es rico?
—Nó; continúan mordiéndome para excitar al rico á la guarda y conservación de sus riquezas.
—Pues entónces, bastante hemos hablado. Quedaos con vuestros cocodrilos.
—¿No quieres ser rico?
—¡Ay! No puedo. Arráncame esta guirnalda de viboras, ó me arranco yo la cabeza.
—Ya estás como viniste.
—Muchas gracias.
—Y ahora, ¿qué vas á hacer, infeliz sans-culottes?
—Eso no es cuenta de V. R. M.
—Estás al alcance de mi cetro, y has de decírmelo.
—Si es empeño, se lo diré á V. R. M. con la mayor sumisión y respeto. Ahora voy á destronar á V. R. M.
—¿Cómo!
—Diciendo á voz en grito por todo el mundo que todos los dones con que brindas y regalas á tus religiosos no pasan de siete, y esas siete sabandijas son: Soberbia, Avaricia, Lujuria, Ira, Gula, Envidia y Pereza.

—¡Miserable! ¡Con gritos piensas destronarme!
—Y con armas.
—¿Qué armas son las tuyas, infeliz?
—Otras siete, si. Contra Soberbia humildad, contra Avaricia largueza, contra Lujuria castidad, contra Ira paciencia, contra Gula templanza, contra Envidia caridad, contra Pereza diligencia.
—¡Date preso!
—Piés, ¿para qué os quiero?

—¡Eh! De aquí no se pasa.
—¡Trífame maldito!
—¡Hola! ¿eres tú?
—Yo soy.
—La palabra es palabra: págame lo prometido.
—Ahí va.
—No me das nada.
—Eso es lo que te prometí.
—Me prometiste 999,999 cosas.
—Justamente; menos una. Ahora bien: resta de un millón de cosas. millon porque yo vine, el sustraendo dinero, y resérvate el residuo por propina.
—Luego sacas dinero.
—Luego no sacas dinero.
—¿Cómo es eso?
—Siendo. Yo creía que el bolsillo del dinero era el bolsillo, y ahora sélimos con que es la frente. Como el dinero muere y aun remuerde mucho en esta otra faltriguera, se lo he dejado á S. M. (Q. D. G.)

—Es que yo había echado ya mis cuentas.
—Y yo las mías.
—Me has engañado.
—Mientes.
—¿Cómo que miento?
—Por tus tres bocas.
—Bien. ¿Con cuál de ellas quieres que te trague?
—Amigo Trífame, me es indiferente: un hombre como yo no debe pararse en pajas, es decir, en bocas. Estás completamente autorizado para tragarme por las tres.
—Pues cenemos.

—¡Ay!!! ¿Qué es esto?... Nada: estoy en mi cama. ¡Qué pesadilla tan pesada! ¡Pues no soñé que me llevaban tres demonios? ¡Pché! Al fin y al cabo.... Fumemos... ¡Voto á Pluton! No tengo tabaco. Mejor. Durmamos hasta el día de Juicio, y así no se necesita fumar, ni comer, ni beber.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

(Conclusion.)

VI.

Leon se llamaba aquel amigo.
Pero no se engañen nuestros lectores, como se engañó Amadeo al juzgar á Leon; no era el jóven de sentimientos nobles y costumbres inocentes, que dejaba aparecer bajo el oropel de su fino exterior: bajo aquellas atractivas formas de buena sociedad ocultaba instintos malignos, hijos de un corazón depravado. Amadeo se había hecho su amigo por cuestión de simpatías, pero ¡engañan tantas veces las simpatías!
Era hijo de un noble, de un banquero ó de un capi-

talista, de un hombre rico, en fin, que tenía bastante dinero para mantener los vicios de su hijo en la corte.

¡Qué diferencia de la sencillez de Amadeo a la doblez de Leon; de la perfidia de este a la inocencia de aquel; de la buena fe del uno al cinismo del otro!

¡Oh! El pobre Amadeo se engañó; lo creyó tan bueno, tan sencillo, tan franco como él era, y le abrió su corazón, y le confió sus sentimientos, sus secretos, sus caprichos... todo cuanto tenía.

Y luego pensaron en no separarse jamás, en vivir juntos y llevar la misma vida, y divertirse y gastar, y referirse sus gozos, sus penas, sus secretos, sus travesuras...

¡Gran Dios! ¡Leon y Amadeo juntos! ¡El lobo y el cordero! ¡Satanás y un niño!

Amadeo se dejó arrastrar por Leon, no conoció el camino peligroso por donde andaba; la entrada en el mundo tiene muchos atractivos; el camino de la perdición está sembrado de flores.

Amadeo oía la voz del Angel de su Guarda, los gritos de la conciencia que le querían contener; pero los ahogaba, porque ¡qué le importan al hombre la religión, la conciencia, cuando tiene delante juventud, ilusiones, placeres... la primavera, las flores, los frutos del árbol de la vida!

Amadeo, el niño inocente, había hecho su entrada en el mundo, en el mundo de los cafés, de los teatros, de las reuniones, de los bailes, de los placeres, de las bromas, de los escándalos!

Lucifer se iba posesionando de su corazón por medio de los siete pecados capitales.

No tenía ya constantemente aquellos dulces recuerdos de su madre, de su hermana, de su nodriza; ahora otras cosas más importantes ocupaban su pensamiento; sus diversiones, sus caprichos, sus gastos, sus travesuras.

Ya no escribía aquellas cartas impregnadas de candor y de ternura, que tan felices hacían a su madre y hermana; apenas le quedaba tiempo para contestar a las suyas cariñosas en frias y contadas palabras!

¡Pobre madre, que vivía por su hijo, que se sacrificaba por él, que de día y de noche tenía en él fijo su pensamiento, que no dormía porque no estaba a su lado, que no vivía tranquila por esperar sus cartas, que en cada día de retardo creía ver la muerte de su hijo... y que después de haber esperado uno y otro día sin sosiego, con una duda terrible en el corazón, recibía tarde una carta de ocho ó diez renglones, insulsa, fría, sin una palabra afectuosa, sin una expresión de cariño!

VII.

Leon dominaba á Amadeo, Amadeo estaba subyugado por Leon, como lo está un pajarillo por el gavilán; aquel disponía, obraba, tomaba la iniciativa en todo sin consultar á Amadeo; éste obedecía, cedía en todo, no hacía más que seguir la corriente de Leon; si había lugar á discusión ó disputa, Leon llevaba la razón, su opinión prevalecía, era el más fuerte, el más experimentado, el más atrevido de los dos: el otro era un novato, según la expresión de Leon.

Una noche estaba Amadeo rezando en voz baja la oración al Angel de la Guarda, que nunca olvidaba, y le dijo su amigo:

- ¿Qué estás diciendo, Amadeo?
- La oración al Angel de la Guarda.
- ¿Y qué le dices tú al Angel de la Guarda en esa oración?
- Que no me desampare ni de noche ni de día, dijo sencillamente Amadeo.
- Pues mira, chico, le dijo Leon, yo no creo en el Angel de la Guarda, y estoy bueno y gordo.
- ¡Ave María, qué herege! interrumpió mi criada, que hasta entonces había guardado silencio.
- Yo pasé desapercibida la espontánea exclamación de Antonina, y seguí leyendo.
- Pues es una oración, contestó Amadeo, que al que la dice todos los días, no le sucede nunca nada malo.
- ¿Y quién te ha contado ese cuento? dijo Leon.
- Mi madre y mi nodriza me lo enseñaron.
- Te han engañado como á un chino, dijo Leon soltando la carcajada.

Amadeo, un tanto avergonzado, contestó:

- Bueno; si son tonterías ó no lo son, déjame á mí con esas tonterías, que yo no me meto en lo que tú rezas ó dejas de rezar.
- Pero ven acá, alma de Dios, respondió Leon, que pareces un chico de la escuela, según te crees todo lo que te dicen, ¿qué puede sucederte peor que el no tener un cuarto? Pues me parece que por la presente, sobre no tener, debes todavía dinero.
- Esta idea hizo enojecer á Amadeo, que no supo qué contestar.
- Mira, prosiguió Leon, déjate de santos Angeles de la Guarda, y di á tu madre cuando la escribas, que en lugar de escapularios, oraciones y consejos, te envíe dinero... eso, dinero.

De esta manera, y con discusiones por el estilo, llegó Leon á posesionarse del corazón de Amadeo y arrancar sus buenos sentimientos y sus hábitos inocentes uno á uno, como se arranca hoja á hoja la corola de una flor.

A la noche siguiente, Amadeo, por evitar nuevas burlas y nuevas cuestiones, rezó la oración en voz baja; más tarde la llegó á decir entre dientes; la fe que tenía en aquella oración llegó á vacilar; hubo día en que la murmuró de prisa sin pensar lo que decía, otro día la dejó de rezar, y más adelante la olvidó.

Lucifer estaba satisfecho de sí mismo, el genio del mal había derrotado al genio del bien, el ángel malo había conseguido traer aquella alma al camino de la perdición.

El Angel bueno lloró por aquella alma, lloró como lloran los ángeles cuando ven descaminada al alma cuya guarda les ha encomendado Dios.

Desde aquel día, ya no oyó Amadeo la voz del Angel de su Guarda, que le advertía los peligros cuando iba descaminado; había olvidado la única costumbre que le

recordaba cada día á Dios, á su alma, á su conciencia, y ya podía acostumbrarse á vivir sin pensar jamás en la virtud, en la honradez, en la moralidad de sus acciones.

VIII.

En el camino de la perdición se va muy de prisa, hay mucha pendiente; una falta arrastra á otra falta, un vicio lleva á otro vicio.

Amadeo, precipitado por Leon, llegó á faltar á sus deberes, á abandonar sus estudios, á dejar de escribir á su madre, á olvidarla por completo por entregarse á sus vicios, á sus diversiones; había llegado, en una palabra, á ser un mal hijo.

Más adelante se dió á toda clase de excesos, se precipitó en todo género de escándalos, gastó más de lo que pudo, contrajo deudas, engaño, jugó... es decir, llegó á ser un hombre malo.

Amadeo era ya digno compañero en maldad de Leon; una sola diferencia había entre los dos; que no era fácil que Leon se tornase bueno, porque nunca lo había sido; mientras que Amadeo tenía en el corazón un destello apagado de virtud, destello que, reanimado algún día, podría regenerarle.

Sin embargo, para suceder eso tenía que haber una revolución en sus ideas, un gran cambio en sus costumbres.

Había dado en uno de los escollos más graves en que puede caer un joven que se perversa; había jugado una vez, y aquella sola vez bastó para que reincidiese una y otra.

Es natural; un joven que aspira por primera vez los placeres, y que se aficiona á ellos más de lo regular, que tiene un compañero que le incita y le pone en el compromiso de gastar lo que no tiene, se ve precisado á pedir prestado, y á pedir de nuevo, y después á no pagar, porque no puede, y á perder la vergüenza y la delicadeza; y más tarde, cuando no puede cubrir sus compromisos, sus apuros, sus necesidades por medios legítimos y naturales, se entrega á buscar la solución en medios desesperados, aventurados, que lo mismo pueden darle un puñado de oro que solo ha de durar horas en sus manos, que hacerle perder su honor, su porvenir, su reputación, su dicha y la de toda su familia.

Amadeo, abandonado á sus vicios, gastó, y gastó sin considerar su pobreza y lo recibido del patrimonio de su madre, y llegó á deber más de lo que esta podía enviarle en un año.

Y en este conflicto, que aun tenía remedio, se aconsejó de Leon, y Leon le llevó á una casa de juego, y allí ganó el principio, como suelen ganar los que juegan por vez primera, casualidad que parece guiada por Lucifer; y su afición, su avidez, le hizo jugar y más jugar, perder y más perder.

Y llegó hasta perder una suma considerable, que se la exigían con premura y que él no podía pagar, y de apuro en apuro, de complicación en complicación, se vió delatado y llevado ante los tribunales de justicia.

Entonces, cuando se vió perdido sin tener á quien volver los ojos que le consolase y ayudase á salir de tan angustiosa situación, se acordó de su pobre madre, de su hermanita, de su nodriza, del Angel de su Guarda...

Y lloró al recordar aquellos objetos queridos, tan idolatrados por él en otro tiempo; sí, lloró por su madre, que moriría de pesar al saber la posición de su hijo; lloró por el Angel de su Guarda, á quien había olvidado!

Una idea terrible que en otro tiempo le había sugerido su amigo Leon, y que entonces le traía á la memoria Lucifer, le sacó de aquel éxtasis de sentimiento.

—Si yo participo mi situación á mi familia, se dijo, sin que pudiesen remediarla, morirán de dolor.

Si no se la participo, tengo que sufrir mi vergonzosa y denigrante condena; tarde ó temprano, mi madre lo ha de saber y morirá de vergüenza.

Prefero, pues, mi muerte á la muerte y á la deshonra de mi familia.

Moriré, se dijo al fin resueltamente.

IX.

Lucifer había logrado su objeto; había llevado aquella alma hasta el más triste y desesperado desenlace de la corrupción, hasta el suicidio.

Sin embargo, aun no cedía el Angel de la Guarda; tenía muy presente la devoción especial que le tenía en otro tiempo el joven y su irreprochable conducta, y todavía no desconfiaba de sacarle al camino de la salvación.

El Angel de la Guarda intercedió con el Dios justo y misericordioso, y cargó en la balanza de las buenas obras las muchas que en su juventud había practicado Amadeo. El Dios de la clemencia tuvo en cuenta las virtudes que el Angel bueno le presentaba, y admitió el arrepentimiento que le ofrecía en nombre de aquella alma.

Diciendo estaba Amadeo á cometer aquel último y repugnante crimen, cuando echando una mirada retrospectiva á sus primeros inocentes años, se acordó del Angel de su Guarda y oyó su voz, que le decía:

—«Aun no se ha perdido todo. Trabaja, que por medio del trabajo puedes ser todavía feliz.»

En aquel mismo momento vió una carta sobre un mueble; en su febril excitación no había reparado en ella hasta entonces.

Era letra de su madre. La carta decía así:

«Querido hijo mio: No sé qué pensar ya de tu prolongado silencio. Me tienes pensativa é intranquila. No sé si estás bueno ó estás á las puertas de la muerte, si estudias ó si te has olvidado por completo de tu madre y de tu hermana. Ya no te pido, como ántes, que escribas mucho; ahora te suplico, por Dios, que escribas, aunque no sea más que para decirnos que vives, porque tu hermana y yo nos pasamos todo el día llorando sin saber lo que será de tí.

Ignoro lo que influyen los atractivos de la corte en el

corazón de los jóvenes; pero si en tí ha llegado el extremo de hacerte olvidar á tu madre, prefiero verte á mi lado pobre é ignorante, á que seas un hijo ingrato; prefiero que seas un hombre honrado y oscuro, á que seas un hombre ilustre.

Yo no me puedo explicar tu repentino cambio de conducta; tú eras un hijo bueno y cariñoso; ahora no sé lo que eres, pero me tiene en mucho cuidado tu conducta.

Mira, hijo mio, si me ocultas alguna cosa, alguna cosa que no te atrevas á decirme, no tengas cuidado y dime-la pronto, que tú no comprendes aun lo mucho que tu madre te quiere y lo grande que tenemos el corazón todas las madres para perdonar las más graves faltas de los hijos.

Y esto te lo digo, porque hace más de un mes que no has escrito, y no sé qué presentimiento tengo de que te ha de haber sucedido algo que no me dices en tus escasas cartas. Si es así, no vaciles, que toda nuestra corta fortuna, toda mi vida daría yo por verte á mi lado feliz, aunque tuviera que trabajar hasta mi muerte.

Tu hermana te abraza y la nodriza me da memorias para tí. Adios, hijo mio, cuidate mucho, no te olvides del Angel de la Guarda, y que me escribas pronto, que con eso aliviarás el corazón todo tuyo de

Tu madre.

P. D. Adjuntos te mando doce sellos de parte de tu hermana para que nos escribas más á menudo.

Amadeo, después de leída esta carta, se encontró más tranquilo.

—He sido un mal hijo y un hombre perverso, dijo; trabajaré para mantener á mi madre y á mi hermana.

En efecto, Amadeo se volvió á su pequeño pueblo, confesó todo á su madre, esta vendió su corto patrimonio, sus alhajas, pagó las deudas de su hijo, este no llegó á ser un hombre de carrera, ni un hombre rico, pero fué un hombre honrado, que valetanto ó más, y en suma, fué feliz toda su vida y jamás se olvidó del Angel de su Guarda.

Aquí terminaba el cuento, y aquí fué cuando yo miré el efecto que había causado en Antonina.

Estaba llorando. La sensibilidad del pueblo, de la gente sencilla, es más fácil de mover que la de una persona ilustrada ó la del que está acostumbrado á las emociones de novela, por decirlo así.

Antonina, enjugándose las lágrimas, me preguntó: —Y á Leon ¿qué le sucedió?

—Muerto su padre, se jugó su fortuna y concluyó su vida de un modo desastroso.

Antonina estaba satisfecha, pero llorosa y triste después de haber oído la anterior historia. No habló en mucho rato, todavía la preocupaban los acontecimientos que acababa de oír.

Entonces me acordé yo de haber leído á Lamartine algunas reflexiones oportunas entonces y en las actuales circunstancias.

«La literatura popular, dice, debe ser iniciada por obras de sentimiento, porque las cosas ilustradas de la población son todo inteligencia, ¡el vulgo es todo corazón! Por el corazón es por donde se ha de elevar al pueblo al gusto y la cultura de las letras. El evangelio del sentimiento es como el de la santidad; debe ser predicado á los sencillos en un lenguaje tan sencillo como el corazón de un niño.»

«Historias sencillas, verdaderas é interesantes, tomadas del hogar, de las costumbres, de las profesiones, de las familias, de las miserias, de la felicidad y de la lengua del mismo pueblo, especie de espejo sin cuadro en que se viera retratado en toda su sencillez y candor; pero que en lugar de reflejar sus groserías y sus vicios, reflejara principalmente sus buenos sentimientos, sus trabajos, sus deberes y sus virtudes, para darle la estimación de sí mismo y la aspiración á su perfeccionamiento moral y literario.»

«No poner ni pretensión de estilo, ni esfuerzo de talento, ni espíritu de sistema; la naturaleza, la naturaleza y siempre la naturaleza; he ahí todo el genio para esta clase de producciones. El pueblo se inspira en ella más que nosotros. Si la encuentra en estos cuadros sin arte, se aficionará y desejará otros.»

«Ahí está el programa de la literatura popular ideado por un gran poeta: que se inspiren en él tantos ingenios en que abunda nuestra patria, que el pueblo halle en sus obras un aliciente en lo festivo para quedarse con el fondo moral; publiquense ediciones económicas, un ejemplar de las cuales solo cueste el valor de una botella de vino, como dice el citado poeta, y por lo menos se habrá facilitado el camino para que las clases ménos ilustradas entren en vías de su perfeccionamiento.»

Entretanto, lectores, si el cuento que yo leí á mi criada, cuyo fin moral es el probar los peligros á que se expone el que desoye la voz de la razón, pobre y sencillo como es, no ha sido de vuestro gusto, culpád á mi escaso ingenio, pero no culpeis á mi buen deseo, que no es otro que el de agradaros.

EL COLEGIAL.

CASCABELES.

En Barcelona se ha suicidado una de las personas más relacionadas en el comercio y la Bolsa.

Nada, señores, lo dicho; lo mejor es no tener dinero ni querer aparentar que se tiene. El dinero hace muchas más víctimas que la pobreza.

Al puerto de Nápoles ha llegado un buque mandado por una joven holandesa de veinticuatro años de edad, que viene de la Nubia y trae algunos negros que la consideran su reina.

Dicen que es una rubia hasta allí.

Esa mujer debe tener buenas condiciones de mando; que venga aquí y forme un partido, á ver si llega al ministerio y mete en cintura á toda esa gantecilla política.

Dicen por ahí que ha llegado el momento de obrar... En efecto, aun que ya se fué el colera, el momento de obrar ha llegado hace tiempo. Tales cosas se ven.

Nos parece que ya es tiempo de que los teatros vayan poniendo en escena obras nuevas que llamen la atención del público.

A la empresa de la Zarzuela deseamos más acierto que el que ha tenido enamorándose de *El lago de las serpientes*, en cuya obra ha gastado dinero con menos provecho que si lo hubiera tirado a la calle.

Charadita del número 132.

CASCABEL, haces que saque,
aunque está mi bolsa escueta,
de la bolsa una peseta
para comprar tu Almanaque.
La Señora de siempre.

Hemos recibido un folleto que dice, *Apuntes sobre reforma del sistema tributario*, cuyo autor debe ser aficionado a cortar por lo sano y a no anclarse en paños calientes. Léase, léase este folleto por los aficionados a la Hacienda, que hay infinitos, aunque sea a la agena. Se vende a 4 reales en la librería de Sanchez, calle de Carretas.

Dice *La Correspondencia* un día y otro día, que el señor Alonso Martínez marcha perfectamente de acuerdo con sus compañeros y caerá con ellos.

Lo de marchar de acuerdo se comprende, porque todos cobran los mismos sueldos; y lo de caer, es claro que con ellos ha de ser y no conmigo. Ya tardaría en caer.

Los fondos públicos han dado fondo, están poco menos que en el fondo del abismo.

De este mal tienen la culpa, como de todos, los políticos, todos, todos los políticos, blancos y negros, verdes y colorados.

Aquí hay que hacer una revolución sin andar a cachetes, contra los políticos de todos colores por los contribuyentes, por los hombres trabajadores, por los que no intrigan, ni piden, ni maman, ni amenazan, ni excitan a la rebelión, ni hacen más que callar, y sufrir, y quedarse sin lo que ganan honradamente.

Geroglífico del número 132.

Remedios contra el amor, olvido, fuga y distracción.

La industria que no ha sufrido golpe alguno a consecuencia de la epidemia, es la de las casas de juego. Todas siguen funcionando, en todas se sigue moralizando a la juventud. Puesto que estas casas no se persiguen, porque no podemos creer que la policía no sabe dónde están, cuando lo sabemos los que no somos de la policía, nos parece que se les debía permitir poner muestra, por ejemplo: — *Casa con juego, en las barbas de la autoridad. Se admite a toda clase de personas. Hay cucas y cucos.*

¡Es mucho Gobierno el de este país!
Si yo fuera gobernador, los jugadores, los tahures habrían de estar corriendo todo el día y toda la noche sin poder verse un momento libres de un guarda civil ó dos que les fueran pisando los talones.

Si hemos de juzgar del criterio de la empresa del teatro del Príncipe por el hecho de haber puesto en escena la comedia *La silla de espaldas*, tendremos que considerarlo muy pobre. *La silla de espaldas* es una comedia muy mala, que no sabemos cómo la ha podido admitir una empresa de tantas pretensiones y que ha venido a regenerar el teatro.

El ilustrado señor don Benigno Sotos Ochando, que tanto y con tanta constancia ha trabajado en pró de la lengua universal, ha dirigido al director de El Cascabel una atenta carta anunciándole su propósito de dar gran impulso a aquella idea. El señor Sotos, como todos los hombres ilustrados que trabajan en favor de la ilustración general y la instrucción pública, pueden contar en toda ocasión con el apoyo de este periódico. El director de El Cascabel se adhirió completamente a lo que el señor Sotos manifiesta en su atenta carta, a la que contesta por medio de este periódico, por ignorar la habitación del señor Sotos.

El corregidor de Madrid no tiene narices, ó no pasa por la ronda de Atocha, entre la ex puerta del mismo nombre y el portillo de Valencia, porque allí hay, procedente del Hospital general, una salita de agua de un olor que me río yo.

Pero señor, ¡qué desgracia es que las autoridades sean cigas, sordas, y no tengan olfato!

Fiscal de la Deuda pública ha nombrado el Gobierno a un caballero cuya carrera es la de farmacia.

Comprenderíamos que le hubiera dado un empleo en su honrosa facultad; pero así tiene que ver la Farmacia con la Deuda pública, como Posada Herrera conmigo.

Los apreciables jóvenes don Baldomero Espartero y don Salustiano Olózaga se han negado a formar parte del comité progresista, cada uno por distinta razón, el primero por el segundo y el segundo por el primero.

Se está poniendo en escena, con gran aplauso del público, en el teatro de Novedades, la comedia de magia, original de don Enrique Zumel, en cuatro actos y en verso. El libro no se presta a un examen serio, ni queremos mortificar con una sonrisa al autor, que al escribir para la maquinaria, no se ha propuesto tampoco hacer una obra de arte; y aun así, nos da una prueba de sus aptitudes para trabajos de más conciencia. Aun que a reconocidos supuestos la acción remotamente histórica de esta comedia, abunda en alusiones políticas y chistes finos, ácidos, no todos, que algunos pasan de

castaño oscuro, y tiene tiradas de versos muy galanos, que saben decir muy bien la Felipa Diaz y la dama joven, a cuyas dos simpáticas actrices animamos con nuestros plácemes. Pero el mérito, el verdadero mérito de esta representación está en el aparato escénico, debiéndose en justicia todo el aplauso y el éxito harto lisonjero de la función al hábil pintor escenógrafo señor Muriel. ¡Qué efecto el de sus perspectivas tan sorprendente y maravilloso! Diaz y nueve decoraciones nada menos ha pintado sin haber errado un toque. ¡Y á aplaudir al pintor, que bien merece esa justicia del público, amante siempre de lo bello.

La maquinaria estuvo un poco torpe la noche del estreno, pero este defecto, que desgració algunos cuadros, estará ya hoy corregido despues de cuatro ejecuciones.

Dice un periódico que, acatando la autoridad de las canas, nadie puede ser jefe del partido moderado mas que el apreciable joven don Ramon Narvaez. ¡Pero hombre, si no tiene canas, si es calvo!..

El lunes 20 del actual, á las seis de la tarde, se celebrará en los salones de Capellanes una reunion de los electores independientes que se adhieran á las ideas expuestas en la *Carta á los electores* que publicó El Cascabel en el número del miércoles anterior.

Se va á publicar un periódico que se titulará *La Revolución*.

¡Anda, morena! ¡Ya estampa y llovia guijarros!..

En el número anterior se nos olvidó decir que las adhesiones á la *Carta que varios electores de Madrid dirigen á los de provincias*, se deben dirigir á la oficina de farmacia del señor Vizcaino, calle de Cedaceros, 11.

Sabemos que son muchos los electores que se adhieren al pensamiento de aquel documento.

Charadita.

Quando pienso en el Gobierno
hago primera y segunda,
y más que tercia y primera
corro si se arma trifulca;
cuando tomo cuarta y prima,
si es cosa buena, me gusta;
y cuarta y tercia me impone
que es severa vestidura;
y de tercia y cuarta temo
más que la boca las uñas;
y el todo, si no es un neo,
lo parecerá sin duda.

Para dar cabida á la conclusion de *El Ángel de la Guarda*, retiramos el artículo titulado *Galera de matrimonios*.

Nuestros lectores tendrán la bondad de dispensarnos hasta el número próximo.

El señor director del Hospital de cigarrerías nos ha dirigido el siguiente escrito, que con gusto publicamos:

«Llamado un día por las operarias de la Fabrica Nacional de Tabacos de esta Corte á fundar y dirigir despues por caridad un Hospital para acogerse en sus enfermedades, puse mi esperanza en Dios y creí un deber de conciencia aceptar sobre mis débiles hombros una empresa tan árdua que algun tiempo pasado el pueblo de Madrid sancionó con sus limosnas.

El comercio, los artistas, la ciencia y las oficinas de farmacia y costureros me abrieron sus puertas con un desprendimiento sin igual, solo con la garantía del nombre es la caridad. Contrahe compromisos de los cuales hubiera salido, si la enfermedad reinante no hubiera venido á aumentarlos con el gran número de enfermos que se han acogido. Para salir de ellos el empresario de la Plaza de Toros me ofreció generosamente la plaza, y la entrega íntegra del último abono. El silencio y la ninguna reclamacion de los señores abonados me confirmó su asentimiento. Dos veces se encerraron los toros y se vencieron muchas dificultades, pero dos veces hubo que resistir por causas ajenas á mi voluntad y á la de la Junta que dirige la función, á pesar de mis súplicas, sacrificios y humillaciones. Mi deber primero de conciencia y honradez, fue devolver el dinero á los que quisiesen recibirlo en los dias 16 y 17 del presente, y satisfacer los gastos que se haya ocasionado, y despues manifestar á los señores abonados los esfuerzos hechos por las señoras de la Junta y por mi para verificar la corrida, y las pérdidas que sobrevienen al Hospital, que no solo no recibe el beneficio apetecido, y al cual el pueblo de Madrid se habia prestado con usura, sino que tiene que consumir los pocos recursos con que cuenta en el presente mes para satisfacer los expresados gastos.

Así, pues, solo me queda la esperanza de acudir al caritativo corazón de los señores abonados, suplicándoles que, ya que sancionaron con su silencio la limosna del abono hecha por el empresario en favor de las infelices cigarrerías enfermas, no retiren su caridad, sino que renuncien el abono en favor del Hospital para impedirle en alguna manera. La enferma en el lecho del dolor, ó el anciano en el lecho de muerte, demantan al sacerdote que dirija esta súplica y les exponga esta necesidad, y espera del pueblo caritativo y cristiano que jamás desoyó las lágrimas y súplicas del infeliz, le conceda su aprobacion.

Madrid 16 de Noviembre de 1865.

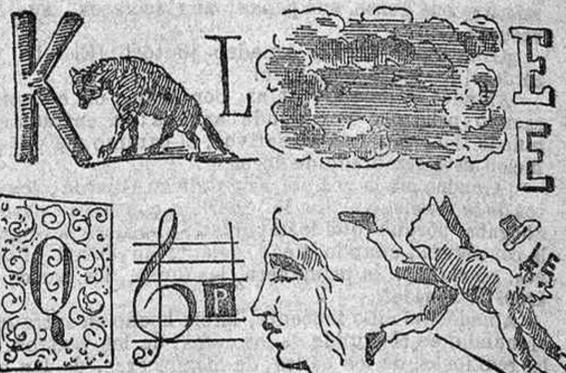
VICENTE LOPEZ Y LOPEZ DE LERMA.

Los que gusten pueden dirigir la limosna del abono á la señora Presidenta de la Junta, D. Ifigenia de la Torre, Barquillo, 13, principal, ó la señora Tesorera, doña Concepcion Chacon, Cedaceros, 10, principal, ó al señor Rector de Atocha.

ADVERTENCIA.

El Gobierno ha dispuesto, porque le da la gana, que el TE DEUM se cante hoy, y á nosotros se nos antoja celebrarlo el jueves con un numerito extraordinario. Ya lo saben VV.

Geroglífico.



ANUNCIOS.

ENSEÑANZA DE MÚSICA.

Un acreditado profesor de música admite en su casa, calle de San Joaquin, nú. 3, piso segundo, dos ó tres discípulos, á 40 reales al mes.

Copisteria en grande escala, ó sea establecimiento de copias para toda clase de escritos, obras, folios, traduccion de lenguas y antiguos manuscritos españoles, con la baratura, brevedad y buena letra que ya tiene acreditado esta oficina. Calle de Felipe III, 7, pral.

VERDADERA CASA INGLESA.

Se vende ó alquila una elegante casa en el muy higiénico barrio de Argüelles, segun lo han demostrado las recientes circunstancias, calle del rey Francisco, para una sola familia, con vista al mediodía, un jardín en el interior, pabellón de caballerizas con habitaciones independientes para el cochero, portero y criados, entrada cubierta para carruajes, grande recibimiento lujosamente decorado, comedor para treinta personas y cuantas otras comodidades pueda apetecer una familia.

Don Alejandro Martinez, que la habita, dará razon á todas horas.

GRAN CASA DE HUÉSPEDES.

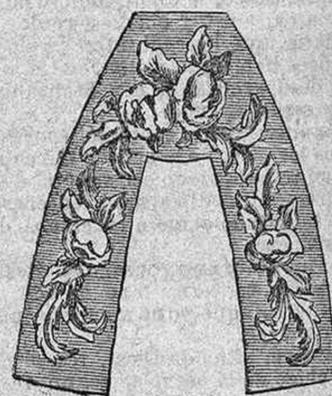
En la calle de Esparteros, nú. 1, cuarto segundo, hay habitaciones espaciosas y lujosamente amuebladas, tanto para caballeros solos, como para familias.

Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Comercio de sedas.

CALLE MAYOR, NÚM. 50, CASA ESQUINA Á LA DE BORDADORES. FÁBRICA DE MIRINAQUES DEPÓSITO DE CORSÉS. Especialidad en bordados en cañamazo y estambres de Berlín.

CORTES DE ZAPATILLAS BORDADAS.



ALMOHADONES BORDADOS. PARA FORJERS.

Además de los géneros acabados de expresar, se han recibido los siguientes artículos de estambre:

Capas, gabanes y gorros para niño.—Polainas, medias y zapatitos.—Garbaldinas y faldas.—Mangas, mitones, muñequeros y guantes.—Corbatas y chaliasas. También se acaba de recibir un buen surtido en Agremanes y adornos de pasamanería para vestido.—Flecos de torzal, pasamanería, madroños, pelo de cabra y otras clases.—Cordones de seda y lana para vestido, y encajes de hilo.—Broches, hebillas y cinta de seda para cinturón.—Redecillas de todas clases, y perfumería.

La zapatería de Chavarria, titulada la LEGÜDAD, que estaba en la calle Mayor, número 116, se ha trasladado á la calle de Bordadores, número 3, en donde se encontrará un abundante surtido de calzado de señoras, caballeros y niños, á precios arreglados.

Por lo contenido en este número,

F. Perezagua.

Editor responsable, *D. Diego Mendez.*

MADRID: 1865.—Imprenta de El Cascabel, Á CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, núm. 4, bajo